

46

democracia, guerra
y poder militar:
La difícil herencia
del siglo 20.

Jorge Rodríguez Beruff

RESUMEN

LA PONENCIA ANALIZA EL TEMA DE LAS RELACIONES CÍVICO MILITARES en el siglo XX, sobre todo a partir del debate sobre las instituciones militares y la democracia que se dio en Estados Unidos en la postguerra. También se discuten las implicaciones de ese debate para América Latina y el hilo conductor que une las formulaciones conservadoras de Samuel P. Huntington en los cincuenta con las perspectivas neoconservadoras más recientes.

Palabras clave: Relaciones cívico militares, América Latina, Estados Unidos, democracia y militares, neoconservadurismo

Milenio, Vol. 11, 2007

ISSN 1532-8562

El problema del poder militar y su relación con el poder civil en el estado es tan antiguo como el pensamiento político mismo. A veces se olvida que Platón fue un guerrero que peleó en la fase final de las guerras del Peloponeso (431-404 AC) y luego apoyó el régimen represivo impuesto por Esparta, conocido como el de los Treinta Tiranos. Aún después de finalizada la prolongada guerra con Esparta, volvió a participar como soldado en las guerras de Atenas. Es precisamente en este segundo momento que comienza a escribir sus diálogos.

En *La República*, Platón califica a los **guerreros** como los amantes del honor y hace una **larga** reflexión sobre el **papel** de los guardianes en la polis. Los militares son una de las tres clases en que divide al estado: los filósofos, los guardianes, y el *demos*. Platón prefiere un estado gobernado por gobernantes-filósofos, una especie de aristocracia del espíritu, pero, en su defecto, el próximo régimen más deseable es el gobierno por los guardianes, o una oligarquía militar.

El gobierno por los guardianes era preferible al gobierno por los ricos o por el pueblo (*demos*), siendo el régimen más indeseable la tiranía unipersonal. A ésta se llegaba, según él, por la anarquía provocada por el gobierno por el pueblo. En *Las leyes*, Platón dice que los ciudadanos deben habituarse a obedecer a comandantes tanto en la guerra como en la paz, que la gimnasia debe promo-

ver el combate cuerpo a cuerpo útil en la guerra, y que las danzas con armas, las procesiones y marchas militares resultan sumamente educativas.

En la *Apología de Sócrates*, Platón construye una defensa de su maestro en la que éste dice que ha servido a Atenas como soldado en tres batallas, y en el famoso diálogo sobre el amor, conocido como *El banquete*, el discípulo Alcibíades alaba el valor en combate de Sócrates, mencionando su participación en dos batallas. Según Alcibíades, Sócrates había salvado su vida en la batalla de Delio del año 424 AC. Es decir, el maestro de Platón también participó en las guerras del Peloponeso, aproximadamente dos décadas antes que su discípulo. A su vez, Aristóteles, el más notable discípulo de Platón, aborda el tema de la educación de los guardianes y las virtudes militares en la *Ética Nicomaquea* y en la *Retórica*.

Al menos desde los griegos, el asunto de la posición y el poder de los guardianes en el estado, para usar el concepto de Platón, y su relación con el ordenamiento político ha sido uno de los grandes asuntos de la filosofía política que reaparece en todos los grandes pensadores. La reflexión no se ha limitado a cuál debe ser la posición de los militares en la democracia, sino más ampliamente en cualquier tipo de régimen. El problema de las relaciones cívico militares ha sido tema de todas las corrientes ideológicas políticas modernas, al menos desde el siglo 18 hasta el presente.

Aunque hemos comenzado con Platón, para muchos el fundador de la filosofía política occidental, nuestro trabajo no se centra en la antigüedad clásica, ni en la trayectoria de las relaciones cívico militares desde entonces, una tarea imposible de abarcar en un solo artículo. Queremos referirnos principalmente al debate sobre el poder militar y la democracia a partir del período subsiguiente a la Segunda Guerra Mundial en los Estados Unidos y sus repercusiones más allá de ese país.

Nuestro punto de partida es la obra de un pensador que ha ejercido una influencia extraordinaria sobre lo que él mismo denominara, desde la década del cincuenta, el “nuevo conservadurismo”. Se trata de Samuel P. Huntington, a quien quizás se conoce más por sus recientes planteamientos sobre el “choque de civilizaciones” y sobre el peligro de subversión cultural que él le adscribe a la población hispanoparlante en los Estados Unidos, que a sus planteamientos sobre la posición de los militares en el estado.

En 1957, Huntington publicó la obra titulada *The Soldier and the State, The Theory and Politics of Civil-Military Relations* que explora el tema de cuál deberían ser las nuevas formas de relaciones cívico-militares en el contexto de la Guerra Fría. Según Huntington, la Segunda Guerra Mundial y las necesidades de seguridad militar de la posguerra, habían expandido el poder y la influencia de las fuerzas armadas a un grado sin precedentes en la historia de los Estados Unidos, lo que planteaba el problema siguiente:

The basic issue raised was: how can a liberal society provide for its military security when this requires the maintenance of professional military forces and institutions fundamentally at odds with liberalism?¹

En este libro, Huntington polemiza con un importante ensayo titulado "The Garrison State and the Specialists on Violence" del científico político Harold Lasswell, publicado en el año de 1941, en plena guerra y en el contexto del febril rearme de Estados Unidos en preparación para su entrada en la guerra a fines de ese año.² Lasswell había desarrollado el concepto del "estado guarnición" en otro ensayo de 1937 para describir la dinámica del rearme y el militarismo japonés.

En su ensayo de 1941, Lasswell argumenta que la tendencia a constituir "estados guarnición" era una de alcance mundial. En estos nuevos tipos de estado, los militares, los especialistas de la violencia, se convertirían en el grupo más poderoso de la sociedad, desplazando a los especialistas de la negociación. Las condiciones técnicas, la tecnología moderna, hacían que estos estados fueran un nuevo tipo de estado militar. El "estado guarnición" se basaba en la socialización de las amenazas, convertiría a las naciones en empresas técnicas unificadas y promovería la centralización y la burocratización del estado.

La amplitud de las amenazas llevaría a los militares a involucrarse en una amplia gama de problemas que planteaba la vida moderna y a incluir en su entrenamiento las destrezas de administración que se asociaban con la administración civil. Además, el "estado guarnición" expresaría formas autoritarias de control de la población civil hechas posibles por las modernas tecnologías, incluyendo el terror físico y la coerción, y pondría al servicio del armamentismo "las enormes potencialidades productivas de la ciencia moderna y la ingeniería". El ensayo de Lasswell fue un dramático llamado de alerta escrito desde la tradición liberal estadounidense.

Debemos mencionar también que un año antes de publicarse *The Soldier and the State*, en 1956, se publicó otra importante obra sobre las relaciones cívico-militares en el Estados Unidos de la posguerra. Se trata de *The Power Elite* de C. Wright Mills.³ En este libro, Mills argumenta que el poder había pasado a manos de una oligarquía constituida por la creciente fusión entre las élites civil, militar e industrial. En vez de un modelo democrático de subordinación militar al liderazgo civil, los intereses de unas fuerzas armadas expandidas y de la gran industria, cada vez más dependiente del presupuesto militar, se imponían sobre el mundo civil a través de su creciente integración y de la circulación de altos cuadros militares en el mundo de las grandes empresas y el gobierno.

All over the world the warlord is returning. All over the world reality is defined in his terms. And in America, too, into the political vacuum the warlords have marched. Alongside the corporate executives and the politicians, the generals and admirals -those uneasy cousins within the American elite- have gained and have been given increased power to make and to influence decisions of the gravest consequence.

Más adelante añadía:

Our answer to the question, 'Is there now a military clique?' is: Yes, there is a military clique, but it is more accurately termed the power elite, for it is composed of economic, political, as well as military, men whose interests have increasingly coincided.

Mills describió lo que más tarde el presidente Eisenhower calificaría en su discurso de despedida de 1961 como el complejo militar-industrial, y que en el borrador del discurso llamaba el complejo militar-industrial-congresional. A diferencia del ensayo de Lasswell, Huntington no menciona la obra de Mills. Es posible que no la conociera, ya que el prólogo de *The Soldier and the State* es también de 1956. En todo caso, la publicación casi simultánea de ambos libros es evidencia de lo álgido del debate sobre poder militar y democracia en los Estados Unidos a mediados de la década del cincuenta.

También es pertinente mencionar que algunos años antes de la publicación de los libros de Mills y de Huntington se había producido una de las mayores crisis en las relaciones cívico militares. El General Douglas MacArthur, quien era simultáneamente Comandante Supremo de las Fuerzas Aliadas en el Japón y Comandante de las Fuerzas de las Naciones Unidas en Corea, luego del inicio de la guerra en ese país, se enfrentó al presidente Harry S. Truman con respecto a la estrategia a seguirse en Corea. MacArthur pretendía ampliar la guerra atacando a China, incluso con armas nucleares. Truman consideró las acciones de MacArthur actos de insubordinación, y lo despojó el 11 de abril de 1951 de ambos comandos. MacArthur retornó inmediatamente a los Estados Unidos donde fue recibido por multitudes como si hubiera sido un general romano que regresaba triunfante de una campaña. Ambas cámaras del Congreso, en una acción sin precedentes en la historia política de Estados Unidos, le invitaron para que se dirigiera a una sesión conjunta, el 19 de abril de 1951. MacArthur utilizó la ocasión para atacar directamente al presidente y su política, diciendo,

But once war is forced upon us, there is no alternative than to

apply every available means to bring it to a swift end. War's very object is victory, not prolonged indecision.

In war there is no substitute for victory.⁴

En *The Soldier and the State*, Huntington no niega algunas de las premisas de Lasswell y Mills. Según él, la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría habían provocado una revolución en las relaciones cívico-militares en los Estados Unidos que le había conferido un poder sin precedentes en la política, la economía y las relaciones internacionales. En el capítulo 12 señala:

The power of the professional military reached unprecedented heights in World War II. But they scaled these summits only by sacrificing their military outlook and accepting the national values.⁵

Se sustenta en esta afirmación analizando las formas en que se amplió el poder militar durante la guerra. Por ejemplo, menciona, entre otras cosas, la creación del *Joint Chiefs of Staff* en 1942, la marginación de los secretarios civiles en la formulación de política militar, el poder del General George C. Marshall en los procesos presupuestarios, la afirmación en 1945 del Almirante Leahy que el *Joint Chiefs of Staff* no estaba bajo control civil, el reclamo por una relación directa con el presidente en la formulación del presupuesto militar y la exclusión del nuevo Secretario de Defensa de este proceso, y el control de la política exterior por los militares durante la guerra en detrimento de la autoridad del Departamento de Estado. También hace referencia al papel preponderante de los militares en la administración de los países ocupados. Aunque alega que el poder militar se había reducido un poco entre 1946 y 1955, aún mantenía un nivel sin precedente para un período de paz. Huntington argumenta que el poder expandido de los militares se ha manifestado en la posguerra en tres formas principales: 1) influjo de los militares en puestos gubernamentales normalmente ocupados por civiles, 2) los vínculos estrechos entre el liderazgo militar y de negocios y 3) la popularidad generalizada de figuras militares individuales (como MacArthur y Eisenhower).

Según Huntington, es precisamente ese poder político sin precedentes de los militares lo que hace necesario un nuevo paradigma de control civil. Ese nuevo paradigma tiene que representar una ruptura con el modelo liberal que había prevalecido en el pensamiento político y en las instituciones estadounidenses desde la fundación de la república. El modelo liberal era, según él, fundamentalmente antimilitar y, por lo tanto, incompatible con las exigencias de seguridad militar del nuevo contexto internacional marcado por la Guerra Fría y la confrontación global con la Unión Soviética. Otro proble-

ma era, según él, que había una fuerte corriente pacifista en el pensamiento estadounidense, que se asociaba al liberalismo. Sobre el liberalismo dice:

The only theory of civil-military relations which has had any widespread acceptance in the United States is a confused and unsystematic set of assumptions and beliefs derived from the underlying premises of American liberalism. This collection of ideas is inadequate in that it fails to comprehend many important facts, and it is obsolete in that it is rooted in a hierarchy of values which is of dubious validity in the contemporary world.⁶

El liberalismo era inaceptable porque proponía unas formas de control civil que no permitían maximizar la seguridad militar, es decir, mantener los altos niveles de gastos militares y unas fuerzas militares expandidas en tiempos de paz. Esto es así porque el liberalismo implica formas de subordinación de los militares que él califica de control subjetivo.

El control subjetivo busca maximizar el poder de un grupo civil o de varios maximizando el poder de las instituciones gubernamentales, de clases sociales particulares, o de las formas constitucionales. En un pasaje alega que para el liberalismo la solución era la de extirpar a los militares o subordinarlos subjetivamente al modelo liberal civil. Sin embargo, los militares han desarrollado una ideología, lo que él llama la “mente” militar, que es antagónica al liberalismo y que califica de “realismo conservador”.

Para Huntington, los Estados Unidos solamente tenían tres opciones para establecer un modelo de control civil sobre los militares: 1) volver al patrón pre-1940 reduciendo el tamaño de las fuerzas armadas y aislándolas de la sociedad, 2) aceptar la influencia militar, pero reformar a los militares bajo líneas liberales y hacerles abandonar su conservadurismo, y 3) que la sociedad acepte una postura de más aceptación y aprecio del punto de vista y las necesidades de los militares, lo que requeriría un cambio drástico en la ética liberal americana. Por lo que hemos expuesto, resulta bastante evidente que el autor favorecía la tercera opción.

El nuevo paradigma que propone Huntington lo califica de control objetivo. No se trata de reducir el tamaño y los recursos de las fuerzas armadas, ni imponerles valores liberales, sino de promover su profesionalización, o lo que llama “militarizar a los militares”. Su paradigma lo ubica dentro de una propuesta política más amplia que denomina el “nuevo conservadurismo”, y del cual es parte también, en la esfera de la política exterior, el “realismo académico” formulado por Hans J. Morgenthau. Huntington resume la meta del “control objetivo” como el lograr

A strong, integrated, highly professional officer corps, on the other hand, immune to politics and respected for its military character, would be a steadying balance wheel in the conduct of policy.⁷

La argumentación de Huntington contiene una contradicción evidente. ¿Cómo hablar de un cuerpo de oficiales inmune a la política cuando ese cuerpo de oficiales ha desarrollado una ideología que él llama “realismo conservador”, y que es antagónica a la tradición liberal estadounidense? ¿Se trata realmente de apartarles de la política o de hacerles inmunes al control civil por gobiernos de orientación liberal? Además, al calificar la ideología de los militares como realismo conservador y ubicar su propia propuesta como parte de una corriente antiliberal que denomina nuevos conservadores, ¿no está sugiriendo en realidad una alianza política entre los sectores conservadores civiles y unas fuerzas armadas también conservadoras? No exageramos con esta interpretación. Al final de su libro Huntington hace una afirmación verdaderamente perturbadora. Dice que lo que más necesita los Estados Unidos son los valores militares y sentencia, “Yet today America can learn more from West Point than West Point from America.” En 1961, Huntington publicó otro texto sobre las políticas de seguridad militar de Estados Unidos que complementa la perspectiva de *The Soldier and the State*. Se trata de *The Common Defense, Strategic Programs in National Politics*, donde justifica la economía permanente de guerra que se desarrolló durante la Guerra Fría.

En muchos sentidos, el proyecto político neoconservador de Huntington tiene gran vigencia y ha tendido a imponerse. Es bien sabido que la orientación política de los militares en Estados Unidos no guarda relación con el balance de fuerzas ideológicas y partidarias. El cuerpo de oficiales se ha tornado predominantemente Republicano. Más recientemente se debate la creciente influencia del fundamentalismo religioso en las instituciones educativas militares. Mientras, por otro lado, ha llegado al poder un liderazgo civil neoconservador pro militar que favorece altos niveles de gastos militares, costosas aventuras militares, y que maneja los miedos de la población para consolidar su poder.

Es interesante que es el libro *The Soldier and the State* el que el Pentágono va a promover en América Latina como el paradigma de las relaciones cívico-militares en una democracia. Hace apenas tres años pude asistir a una conferencia de un coronel hondureño en Santo Domingo para quien su Biblia era ese viejo texto de 1957. Luego de terminar su exposición sobre las ideas de Huntington, pasó a explicarles, con toda candidez, a los militares dominicanos que le estaban escuchando, que en Honduras la oficialidad preparaba su retiro creando empresas económicas con el presupuesto militar que luego los oficiales pasaban a dirigir cuando se retiraban. De esta mane-

ra promovían el desarrollo nacional y, de paso, ganaban buena plata. El no vio ninguna contradicción entre sus aspiraciones empresariales, y la aspiración de Huntington de militarizar a los militares.

Las visiones divergentes sobre las relaciones cívico-militares en los Estados Unidos se expresaron también a principios de los años sesenta en un importante debate sobre América Latina, con implicaciones evidentes para la política exterior luego de la revolución cubana. El historiador J.J. Johnson, en el libro *The Military and Society in Latin America*, publicado en 1964, caracterizó a los militares latinoamericanos como un sector de clase media profesional con una orientación modernizadora. Según él, era precisamente el carácter moderno y profesional de la institución militar lo que explicaba las aspiraciones militares de transformar sociedades atrasadas a su imagen y semejanza. Por lo tanto, los militares debían ser integrados a los proyectos de reforma que hallaron expresión en la Alianza para el Progreso de la administración Kennedy, aunque esto significara que intervinieran en campos que iban más allá del militar.

Edwin Lieuwen, por otro lado, en ese mismo año publicó *Generals vs. Presidents: Neomilitarism in Latin America* donde advertía, desde una perspectiva liberal, de los peligros de un retorno a regímenes militares autoritarios si se promovía el poder militar y se legitimaba su incursión en la política bajo el manto de un proyecto desarrollista o modernizante. El debate Lieuwen-Johnson tocaba un asunto tan crítico de las visiones sobre las relaciones cívico-militares en Estados Unidos y de la política exterior que se trasladó de la academia a los salones del Congreso.

La experiencia latinoamericana con los regímenes militares de seguridad nacional que surgieron a través de toda la región durante los sesenta y setenta hicieron patente las implicaciones del paradigma de Huntington. La profesionalización no propició el control civil sobre los militares, ni su apartamiento de la política en un contexto de agudos conflictos sociales. Los golpes militares ocurrieron en países que tenían fuerzas militares que habían pasado por procesos de profesionalización, como Brasil y Perú, y tenían un arreglo institucional elaborado. También en países como Chile, donde además de existir fuerzas militares profesionalizadas, había una larga trayectoria de subordinación de los militares al poder civil. De hecho, las ideologías de seguridad nacional que justificaron los golpes y las medidas cruentas de represión que los acompañaron, se basaban en doctrinas militares profesionales que se discutían en las academias y las publicaciones oficiales. Las doctrinas de guerra revolucionaria, de guerra total, y las doctrinas geopolíticas de las fronteras ideológicas, muchas de ellas exportadas desde Europa y Estados Unidos a América Latina, sirvieron de sustento ideológico y programático a los regímenes militares. Por esta razón, un investigador como Alfred Stepan tuvo que acuñar el concepto de “nuevo profesionalismo”, un tipo

de profesionalismo militar que no impedía que los militares tomaran el poder político.

La experiencia latinoamericana demostró que el contenido de la formación profesional de los militares era importante, en particular las doctrinas de seguridad que manejaban. Además, la experiencia latinoamericana con los regímenes militares de seguridad nacional puso sobre el tapete de nuevo los mecanismos de control civil que Huntington desdeñó bajo el concepto de "control subjetivo" propuesto por el liberalismo tradicional, como el problema del tamaño y los recursos de las fuerzas armadas, los mecanismos constitucionales y jurídicos, las relaciones con instituciones civiles como la policía, y el papel de la sociedad civil en el control de las instituciones armadas.

Es interesante que fuera un pensador caribeño, de un país donde se produjo uno de los primeros golpes de la década de los sesenta, quien produjera uno de los textos más interesantes sobre la crisis en las relaciones cívico militares. Se trata de Juan Bosch y su libro *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*, publicado en 1968. Veamos las tesis que desarrolla Bosch en *El pentagonismo*, y que sustenta, entre otras cosas, con el famoso discurso del Senador W.J. Fulbright del 13 de diciembre de 1967. Para Bosch, el imperialismo a la Lenin terminó con el fin de la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces se ha ido consolidando y fortaleciendo, llegando a su mayor expresión a mediados de los sesenta. Las nuevas intervenciones militares en América Latina, Asia y África no tienen ya el propósito de adquirir territorio o invertir capitales excedentes, sino de obtener beneficios de la "producción industrial de guerra". El pentagonismo es el "producto del capitalismo sobredesarrollado".

Las fuerzas militares de un país pentagonista no se envían a conquistar dominios coloniales. La guerra tiene otro fin; se hace para conquistar posiciones de poder en el país pentagonista, no en un territorio lejano. Lo que se busca no es un lugar donde invertir capitales sobrantes con ventajas; lo que se busca es tener acceso a los cuantiosos recursos económicos que se movilizan para la producción industrial de guerra; lo que se busca son beneficios donde se fabrican las armas, no donde se emplean, y esos beneficios se obtienen en la metrópoli pentagonista, no en el país atacado por él.⁸

La Segunda Guerra Mundial opera en su explicación como un gran *parteaquis* histórico, sobre todo para Estados Unidos. La enorme expansión de la capacidad productiva llevó al surgimiento del capitalismo sobredesarrollado. La sociedad individualista, hecha a imagen del imaginario liberal, se trocó en una sociedad de masas, caracterizada por una actuación masiva im-

puesta por una "voluntad externa", y no por la acción libre de ciudadanos conscientes. El paso de la Segunda Guerra Mundial a la Guerra Fría llevó a una organización militar permanente, cuando "en la base institucional de Estados Unidos no había lugar para un ejército permanente". Además, durante la Segunda Guerra Mundial se dio un auge del nacionalismo en el mundo que abarcó a Asia, China, y a África, culminando en Argelia. El colapso de los viejos imperios coloniales, principalmente de Francia y Gran Bretaña, provocó una percepción de amenaza.

Todos estos procesos llevaron a una concentración creciente del poder en el Pentágono, en el estamento militar, que escapa a cualquier control electoral del pueblo. Encuentra expresión también en presupuestos militares cada vez más abultados, sobrepasando los gastos civiles del estado, y llegando en 1960, según sus cifras, al 61.5% del presupuesto. De ahí que "cuando Kennedy pasó a ocupar la presidencia de los Estados Unidos, ya el poder militar era más fuerte que el civil en términos de fondos para gastar." Además, el poder militar promovió una cada vez mayor concentración del poder industrial.

El pentagonismo es la combinación del creciente poder del Pentágono con una sociedad de masas. Sus condiciones subjetivas son el anticomunismo y la exaltación del culto a los héroes militares. No se trata ya de que líderes militares lleguen a la presidencia luego de conflictos militares como en el pasado. El pentagonismo, según Bosch, es una nueva forma de estructurar el poder político y la economía. Y no fue hasta la década de los sesenta que los estadounidenses se dan cuenta de que lo tienen instalado "en el centro de su sistema".

El proyecto pentagonista fue inicialmente de las derechas económicas, militares, políticas y de la sociedad nacional. Sin embargo, la disponibilidad de grandes recursos económicos amplió su base de apoyo para abarcar las universidades, el centro político y hasta algunos liberales. De hecho, la sociedad entera se pentagoniza a medida que los vínculos de dependencia económica penetran hasta la clase obrera y los mecanismos de persuasión masiva, como la televisión, se hacen más efectivos. En este sentido menciona el apoyo de la AFL-CIO a la invasión de la República Dominicana, y los niveles de aprobación del 70% a ambas intervenciones. Frente a esta realidad contundente, Bosch no le da muchas posibilidades de éxito a los opositores de la guerra, los "dissenters", ni a los liberales, a quienes llama "flor exótica". Los auténticos liberales como Theodore Draper, son demasiado débiles para hacerle frente al pentagonismo.

Sus reflexiones sobre las implicaciones para el sistema político estadounidense son interesantes. El pentagonismo no significa el ejercicio del poder político directo por parte de los militares. No hay en Estados Unidos las condiciones para un golpe de estado tradicional, a menos "que se produjera

una derrota militar norteamericana de carácter decisivo..." Lo que ha ocurrido es una división de los campos de acción donde los civiles han retenido el control de la política interna, mientras que los militares se han hecho dominantes en la política exterior. El control de los civiles en el Departamento de Estado de la política exterior es una mera ficción. La falta de liderazgo civil fuerte, la existencia de una clase política compuesta por *politicians* más que por políticos, es un factor que contribuye a la erosión del predominio civil y el "pentagonismo puede ir sustituyendo gradualmente al poder civil".

La nueva política exterior pentagonizada se caracteriza por el uso de la fuerza y la subordinación de los ejércitos de los países dependientes, que también se pentagonizan. La referencia a los ejércitos dependientes pentagonizados se basa en su lectura de la experiencia en América Latina, específicamente en la República Dominicana, y en Vietnam. Las nuevas formas de dominio internacional no se sustentan ya en la adquisición de territorios y colonias, sino en la subordinación de los ejércitos a través de múltiples mecanismos. Cuando esos ejércitos entran en crisis, es que se pone en acción la política de fuerza de la intervención directa. Su justificación está en la doctrina de las guerras subversivas, que Bosch ilustra con el manual de guerra de guerrillas del ejército de Estados Unidos de 1961. La Doctrina Johnson, que se enunció en el caso dominicano, no es más que una expresión de esa doctrina del intervencionismo global.

El *Pentagonismo* es un texto que trasciende la coyuntura y que nos plantea muchos problemas que siguen vigentes. Algunas de sus predicciones no se materializaron. La decisiva derrota en Vietnam no llevó a un golpe de estado, sino a una profunda crisis del arreglo de poder que Bosch describe. La costosa guerra, el escándalo de Watergate con la consecuente salida de Nixon, el llamado síndrome de Vietnam, entre otros eventos, produjeron consecuencias políticas internas y externas que Bosch no pudo prever. El pentagonismo no ha seguido una trayectoria lineal. La década de los setenta marcó un paréntesis en su ascenso, hasta que Reagan le insufló un nuevo dinamismo.

Para 1985, el presupuesto militar de Estados Unidos alcanzó los \$448 billones, un nivel claramente insostenible por el creciente déficit fiscal. Luego declinó hasta \$291 billones en 1998 y ha estado aumentando consistentemente desde entonces. Para el 2003 era de \$379 millones.⁹ La petición presupuestaria para el 2005 fue de \$419 billones, más alrededor de \$25 billones adicionales para retención de las tropas y tropas adicionales. Esto ocurre en un momento en que ninguna potencia, ni combinación imaginable de potencias, tiene la capacidad de enfrentar a Estados Unidos militarmente. La brecha militar que se ha abierto en el sistema internacional no tiene precedentes históricos. La próxima potencia militar, Gran Bretaña, apenas gastó \$34.8 billones en el 2001, Rusia \$29 billones en el 2000, Francia \$27 billones en ese mismo año.

Según un estudio reciente del *Institute of Policy Studies*, la guerra en Iraq ha costado \$700 billones, más que la Guerra de Vietnam en dólares ajustados a la inflación, y cuesta \$5.6 millones adicionales por mes. Las guerras de Iraq y Afganistán, de mantenerse al nivel actual, duplicarán el déficit proyectado para los próximos diez años.¹⁰ Un artículo del *Financial Times* compara la situación creada por la necesidad de reconstruir la costa del Golfo con el dilema de Johnson durante la Guerra de Vietnam, que pretendía financiar la guerra y mantener los programas de la Gran Sociedad. Según el autor, la economía enfrenta riesgos inflacionarios, intereses más altos y una posible recesión.¹¹

Pero también han ido ocurriendo cambios institucionales y jurídicos a partir de la década del ochenta, que se añaden a los que Huntington ubica en el período de la Segunda Guerra Mundial. Por ejemplo, la ley Goldwater-Nichols de 1986 centralizó aún más la autoridad operativa de las fuerzas armadas en el presidente del *Joint Chiefs of Staff* y lo convirtió en el principal asesor militar del presidente de Estados Unidos, del *National Security Council* y del Secretario de Defensa, a la vez que impulsó una reorganización que buscaba fundir todas las ramas militares en nuevos comandos combatientes unificados.

La guerra contra las drogas, iniciada también en esa década, involucró a los militares en tareas que habían sido tradicionalmente de competencia de las autoridades civiles. Esta nueva misión erosionó la frontera, entre el campo civil y militar, que había establecido la ley *Posse Comitatus* de 1878. Además, la misión militar antidrogas se impulsó en América Latina y el Caribe por el Pentágono en formas que hubieran sido ilegales en los Estados Unidos. Esa tendencia de convertir a la ley *Posse Comitatus* en letra muerta, se continuó luego de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, bajo el concepto de *Homeland Security*. La amenaza terrorista sirvió para continuar desmontando el, según Huntington, obsoleto paradigma liberal y acercarnos más al “estado guarnición” descrito por Lasswell. Podemos mencionar dos datos muy reveladores de las últimas semanas. Por un lado, el colapso, en el caso de Nueva Orleans, de una agencia FEMA encuadrada bajo el concepto de seguridad interna y subordinada a la megaburocracia de *Homeland Security*. La solución en ese caso fue poner las operaciones de rescate en manos de un militar. Y, por otro, la decisión del presidente de seguir los preparativos para el huracán Rita desde el nuevo comando militar denominado *Northern Command* en Colorado, en vez de en la sede de una agencia civil. Poco después anunció que favorecía poner bajo control militar los desastres naturales de cierto tamaño.¹²

En los albores del siglo 21, el viejo problema del poder de los guardianes en el estado sigue planteado como uno de los más relevantes para la viabilidad de la democracia. En Estados Unidos, desde hace ya muchas décadas, el

poder militar se ha reconstituido bajo un liderato civil neoconservador que representa el credo antiliberal formulado por Huntington. El curso que sigan las relaciones cívico militares en ese país, por su poder e influencia internacional, es de relevancia global. Las tendencias actuales parecen ponerlos en la ruta hacia una crisis política y económica.

1. SAUNDERS, P. HUNTINGTON, *The Soldier and the Citizen*, New York: Vintage Books, 1957, p. 236.

2. HAROLD D. LASSWELL, "The American State and the Speculation on Violence," *American Journal of Sociology* (1954), pp. 427-68.

3. C. WRIGHT MILLS, *The Power Elite* (New York: 1956).

4. Douglas MacArthur's Farewell speech to Congress, April 19, 1951, at www.douglas-macartur.com/farewell.htm.

5. SAUNDERS, P. HUNTINGTON, *The Soldier...*, p. 232.

6. *Ibid.*, p. vii.

7. *Ibid.*, p. 42.

8. JUAN BOSCH, *El Pentágono y la política exterior de Estados Unidos*, p. 22.

9. RICHARD KATZMAN, "The Military Budget Under Brian Clark Warden Signs," *Foreign Policy in Focus*, January 2002, y "U.S. Military Budget Tops Rest of World by Far," en www.the-organizational-network.com/foreign-policy.

10. FRANCIS BROWN, "Bill Leaver and the US Army's 'The Last Generation: The mounting costs of war and the case for bringing home the troops,'" en www.the-organizational-network.com.

11. PHILIP KARLSBERG, "America's military and Iraq: a gamble that is paying off," ft.com, 26 de septiembre de 2002.

12. DR. RICHARD KATZMAN, "Proposals to cut military spending," www.the-organizational-network.com, 26 de septiembre de 2002, p. 12.

NOTAS

- 1 SAMUEL P. HUNTINGTON, *The Soldier and the State, The Theory and Politics of Civil-Military Relations* (New York: Vintage Books, 1957), p. 346.
- 2 HAROLD D. LASSWELL, "The Garrison State and the Specialists on Violence", *American Journal of Sociology* 47 (1941), pp. 455-68.
- 3 C. WRIGHT MILLS, *The Power Elite* (New York; 1956).
- 4 Douglas MacArthur's Farewell Speech to Congress, April 19, 1951, en www.unclesam.net/warriors/farwell.htm.
- 5 SAMUEL P. HUNTINGTON, *The Soldier...*, p. 315.
- 6 *Ibid.*, p. vii.
- 7 *Ibid.*, p. 464.
- 8 JUAN BOSCH, *El Pentagonismo Sustituto del Imperialismo*, *Op.cit.*, p. 22.
- 9 RICHARD KAUFMAN, "The Military Budget Under Bush: Early Warning Signs", *Foreign Policy in Focus*, January 2001, y "U.S. Military Budget Tops Rest of World by Far", en www.clw.org/milspend/ushighestbudget.html.
- 10 PHYLLIS BENNIS, Erik Leaver and the IPS Iraq Task Force, "The Irak Quaqmire: The Mounting Costs of War and the Case for Bringing Home the Troops", en www.ips-dc.org/iraq/quaqmire/
- 11 PHILIP VERLEGER, "America suffers and Bush's gamble fails to pay off", *FT.com*, 26 de septiembre de 2005.
- 12 DEB RIECHMAN, "Propuesto un plan para desastres", *El Nuevo Día*, 26 de septiembre de 2005, p. 75.